

## Itinerarios

*Maren Ulriksen de Viñar\**

### Resumen

El trabajo comienza señalando el rol que juega actualmente la renegación de la realidad social, el despojamos de la preocupación por el prójimo, excluyendo los aspectos siniestros y feos de la sociedad, lo que permite mantener un sentimiento de seguridad.

Las percepciones desagradables provenientes del otro radicalmente diferente, en particular los pobres, son rechazadas, desestimadas. Esta “ceguera”, por supresión de la percepción, lleva a la exclusión y segregación de nuestras mentes de los grupos marginales y sus problemas.

Se destaca la profunda división de la sociedad como un proceso continuo de la dictadura a la actual economía neoliberal, la corrupción y el incremento de los problemas psico-sociales vinculados a la pobreza.

Entre los efectos a largo plazo de dos décadas de violencia política subrayamos que la operación ideológica que sustituye la pluralidad social por una dicotomía totalizante de lo limpio y lo sucio, se desplaza naturalmente a una división horizontal de la sociedad entre ‘ricos-limpios’ y ‘pobres-sucios’, creando desechos, equiparables a basura.

A través de la fantasmática desplegada en la primera entrevista de juego con un niño de un área pobre de Montevideo, intentamos reconocer el lugar subjetivo peculiar que ocupa y recorrer algunos conceptos de la teoría que el material nos evoca.

---

\* Joaquín Núñez 2946. Montevideo (11300)

## Summary

This paper points out the role that plays in the present day the denial of social reality in rejecting concern for our fellow human beings, excluding the ominous and ugly side of society and in this way allowing the maintenance of the feeling of security.

The unpleasant perceptions coming from those who are radically different, notably the poor, are disavowed. This “blindness”, equivalent to suppression of perception, leads to the exclusion and segregation of the marginal groups and their problems, from our minds.

We underline the deep division of society as a continuum from dictatorships to present day neoliberal economy, corruption and increasing psychosocial problems linked to poverty.

Among the long-term effects of two decades of political violence we emphasize that the ideological operation which substitutes social plurality for a totalizing dichotomy between what is clean or dirty, is naturally shifted, dividing society horizontally between the “rich and clean” and the “poor and dirty”, thus creating castoffs, equivalent to garbage.

Regarding the phantasies developed in the first playing-session of a child living in a poor area in Montevideo, we try to recognize his peculiar subjective position, and examine some theoretical concepts suggested by the clinical material.

**Descriptores: VIOLENCIA / DEPRIVACION / SOCIEDAD / TRASTORNOS DEL APRENDIZAJE**

## Un paseo por la ciudad

Existe una sensación muy clara **de diferencia entre esa opresión** constante de la

época de los años negros, esa angustia de peligro Inminente, del terror de la dictadura, y la vivencia **actual del espacio** y tiempo del que podemos disponer con calma; la transparencia y frescura natural de la **atmósfera parecen representar el espacio** interno donde es posible moverse sin la amenaza **de una** irrupción violenta. Tiempo y espacio para desarrollar proyectos (sin olvidar los límites del contexto social y el propio), escuchando y dialogando con *otras voces*. *¿Será esta la vivencia que nos trae el convivir en una sociedad democrática? ¿O será sólo la proyección especular de un anhelo individual?*

Sin embargo este sentimiento de seguridad, de tiempo abierto, se vuelve frágil y efímero en cuanto miramos y escuchamos un poco más allá de nuestro entorno próximo y renunciamos al mito del *hombre aislado* que querríamos ser. Tengo la fuerte impresión de que una cierta tranquilidad bucólica que circula en nuestro medio (más allá de la neurosis) se logra gracias a una buena dosis de desconocimiento de la realidad social, como si nos pudiéramos despojar del prójimo. Para mantener nuestra tranquilidad interior se hace necesario usar un mecanismo de no-percepción que excluye, segrega y encierra, en un más allá que no nos concierne, a buena parte de nuestros conciudadanos. Vamos creando un mundo amurallado, exclusivo, que excluye el lado feo y siniestro de la sociedad, una verdadera coraza protectora.

Las noticias de guerra, muerte y locura en distintos puntos del planeta nos llegan en las imágenes de los flashes televisivos, impactan, sobresaltan, pero ocurren muy lejos, y son, sin intervalo, seguidas de comentarios banales sobre modelos de belleza o cenas fastuosas en Punta, logrando una conmutación de sentido (y del afecto) a través de la perversión en el deslizamiento metonímico.

Ya no nos llama la atención el ruido de los cascos del caballo que tira un carrito en la noche; los hurgadores ya son integrantes del paisaje natural de Montevideo, como en todas las grandes ciudades del continente. Ya no nos asombramos ni tampoco lo pensamos. No ver, no pensar, desconocer, son términos correlacionados. Estas percepciones son tratadas como las imágenes desagradables de la televisión. Se excluyen, se desestiman, o más radicalmente, se negativizan creando un blanco perceptivo, una no-memoria, operación que permite al psiquismo no disponer de esa percepción desagradable para traerla a la memoria y unirla con otras que pudieran formar cadena de sentidos y hacer surgir con ellas el afecto.

Cualquier recorrido por Los barrios, La entrada al deteriorado Hospital de Clínicas, o el viaje en un ómnibus lleno, nos muestran rostros y cuerpos marcados por el desamparo y la pobreza, percepciones dolorosas que desalojamos de la conciencia o simplemente “olvidamos”. Aquel prójimo, marcado en su cuerpo, en sus gestos, en su lenguaje por la miseria es un extraño para mí; si es un extraño, no sólo me resulta difícil amarlo, sino como dice Freud (El malestar en la cultura, pp. 107, Amorrortu Ed. “...Es, en general indigno de amor” y agrega: “tengo que confesar honradamente que se hace más acreedor a mi hostilidad, y aun a mi odio”.

Honradamente ¿qué podemos decir hoy y aquí Los psicoanalistas? ¿Hemos escuchado a estos prójimos-extraños?

La pobreza se interroga, se encuesta, se cifra. Se levantan hipótesis, sobre su origen, sobre la consistencia de su estructura. Es un modo de intentar conocer, describiendo, diagnosticando, quedando en el margen. Entrar más allá en el trabajo comunitario, participativo, implica moverse desde posiciones subjetivas contradictorias y violentas para desplegar un espacio de diálogo con ese prójimo-extraño.

La pobreza y la marginalidad constituyen hoy la forma más importante de exclusión y segregación de muchos miles de niños, adultos y viejos. Vieja, repetida y renovada violencia sutilmente desdibujada por el discurso neoliberal, sustituida por el bombardeo de la imagen y sostenida por algunos como irrelevante o como orden natural”.

Tal vez una forma frecuente de situarse es defenderse del displacer (malestar) que conlleva la percepción de la realidad objetiva, a través del sacrificio de la percepción. ¿Qué culpa, qué mancha, qué horror queremos no ver cegando nuestro propio aparato perceptivo? ¿De cuál origen queremos escapar?

Lo que me interesa destacar es lo poco que conocemos como psicoanalistas, de la violencia estructural, que constituye hoy la pobreza, la exclusión y la segregación, cuya brutalidad, más solapada que el terror de la dictadura, constituye también una forma terrible de alienación.

Intentaré incursionando en tierras de otras disciplinas (politólogos, salubristas, economistas, historiadores) dar mi punto de vista destacando la continuidad de la

violencia establecida desde el terror, con la violencia de la pobreza que excluye y segrega a un gran sector de la población.

En un segundo tiempo, intentando recuperar a una parte importante de su población, la identidad de psicoanalista, a través de la clínica, presentaré una entrevista de juego con un niño que vive en condiciones de gran pobreza y desamparo, para dar una mirada a lo que él nos muestra de su posición como sujeto.

### **Violencia, repetición y desmemoria**

En los últimos años de transición de las dictaduras en América Latina a los regímenes democráticos, junto con la desaparición de discursos militares oficiales basados en la Doctrina de la Seguridad Nacional, podemos constatar una gama de operaciones políticas destinadas a borrar los hechos de violencia, borrar a los desaparecidos, los muertos, la tortura, la prisión, la arbitrariedad. Indulto, punto final, impunidad, son figuras legalizadas destinadas a impedir el conocimiento y a suprimir la memoria de los ciudadanos. Las estructuras militares de las dictaduras siguen en pie; los torturadores y jefes responsables de las peores atrocidades “gozan de buena salud” y están integrados al sistema de gobierno, asumiendo responsabilidades políticas.

La corrupción se ha generalizado en los medios de gobierno, creándose verdaderas mafias ligadas a favores económicos, al contrabando, al tráfico de drogas, etc. A su vez el estado neo-liberal renuncia a su papel protector de las mayorías, en salud, educación y seguridad social.

Por otro lado reaparecen los partidos políticos de la izquierda y los discursos de la oposición política marcados por la división, la fragmentación y la precariedad de proyectos e ideales unitarios capaces de ofrecer alternativas al empuje económico neoliberal y sus efectos sociales, que en el Tercer Mundo son más nefastos que en las sociedades industrializadas.

Asistimos a un viraje en las problemáticas sociales prevalentes, junto a la morbilidad en la infancia, ya clásica de los países subdesarrollados; han aparecido en un primer plano problemas psicosociales tales como ausentismo escolar, incremento en los índices de fracaso escolar y dificultades de aprendizaje, trastornos del desarrollo global de la

personalidad y de las capacidades cognitivas del niño y del adolescente, embarazo del adolescente, abandono y maltrato infantil, abuso sexual, “niños de la calle”, delincuencia Juvenil, drogadicción en jóvenes: problemas que desbordan totalmente las posibilidades asistenciales de los servicios públicos sociales y de salud, así como las acciones de las ONG y de las organizaciones comunitarias. Estas problemáticas, aparecen vinculadas al incremento de la pobreza en Los últimos veinte años y a las diferencias culturales, económicas y sociales que dividen profundamente a las sociedades de los países latinoamericanos. Estos hechos constituyen formas estructuradas y organizadas de violencia social, presentes desde hace décadas que tienden a incrementarse junto con el aumento de la franja de pobreza. Hace ocho años la cifra de pobres en Latinoamérica era de 120 millones, hoy existen más de 200 millones. Y aunque Uruguay aparece en relación a la cifra de PBI per cápita en el primer lugar en la calidad de vida entre los países de América Latina, esta cifra oculta y olvida que la distribución de la riqueza es tan desigual, que 200.000 niños uruguayos viven por debajo de la línea de pobreza.<sup>1</sup>

Dentro del contexto político económico de los últimos veinte años, se ha producido el crecimiento acelerado, de las grandes ciudades latinoamericanas como consecuencia de la inmigración interna, desde el campo a la ciudad, creando megápolis y transformando la distribución demográfica de los países en una corona de ciudades densamente pobladas con un centro vacío, despoblado.<sup>2</sup> Este crecimiento acelerado (6 veces en 20 años) significa la instalación de grandes masas de población en la periferia de la ciudad sin la adecuada infraestructura sanitaria, ambiental, de vivienda, careciendo de servicios básicos. Significa también un proceso de aculturación, de destrucción de la familia extensa, tradicional de la América Latina y la pérdida de los apoyos sociales, lo que conlleva una ruptura entre una y otra generación, creándose familias nucleares aisladas, afinadas sobre todo alrededor de la madre como adulto responsable.<sup>3</sup> En estos nuevos asentamientos urbanos (Villas Miserias), la mayoría de la población está marginalizada de la economía organizada y sobrevive por el desarrollo de una economía

---

<sup>1</sup> *Creciendo en condiciones de riesgo. Niños pobres del Uruguay*. C.L.A.E.H. UNICEF. Montevideo. 1989.

<sup>2</sup> Hardoy. J.E.; Satterthwaite, D.: Medio ambiente urbano y condiciones de vida en América Latina: Su impacto sobre la salud'. *Medio Ambiente y Urbanización* pp. 3-18. Año 9, Nº 36, Set. 1991. Buenos Aires.

<sup>3</sup> Aguirre. Rosario: “Género, familia e infancia”. Seminario Las familias, las mujeres y los niños'. Montevideo, Set. 1992. IIED-AL y CIEDUR.

informal paralela (hurgadores de basurales); la velocidad de crecimiento urbano no permite anticipar el desarrollo con planes reguladores ni programas de asistencia que permitan construir, ordenar, organizar y administrar. Sólo se puede intentar organizar el caos a partir *de* la realidad local. (Ciudad de México, San Pablo, Río, Buenos Aires, Lima, Caracas).

Uruguay constituye un fenómeno diferente ya que su población está estable en 3 millones de habitantes desde 1968 (con una tasa de crecimiento de 0.4 anual y con alrededor de 300.000 exiliados económicos y políticos en los últimos 20 años); sin embargo el fenómeno de vaciamiento del campo y asentamiento urbano precario ha llevado a más de la mitad de la población del país a concentrarse en su capital, Montevideo y alrededores, creándose problemas similares a las otras capitales.

La violencia organizada recubre diferentes situaciones. Un aspecto central lo constituyen los efectos directos de la pobreza extrema consolidada y sus aristas violentas más salientes, como son por ejemplo la matanza de “niños de la calle” en Brasil, alcanzando unos cinco mil niños por año, perpetrada por grupos policiales o parapoliciales, restos activos del antiguo Escuadrón de la Muerte de la dictadura militar.

La pobreza y la injusticia social se potencian en situaciones de guerra, por ejemplo en Perú, donde la población, rehén de los enfrentamientos entre Sendero Luminoso y el ejército, la policía y la marina, sufre la muerte, la destrucción de las organizaciones sociales y familiares tradicionales, la descomposición de las estrategias de sobrevivencia de los campesinos, y la huida, migración forzada de miles de familias desde el campo a la capital, Lima, donde se agudiza aún más la pobreza. Es el caso por ejemplo de muchas miles de familias de la población campesina de la región de Ayacucho.<sup>4</sup>

Un interrogante aun abierto se refiere a los efectos, a más largo plazo, de la violencia política sufrida durante más de dos décadas bajo las dictaduras militares, que se organizaron apoyándose en la tortura como hemos señalado en otros textos, y su *punto extremo*: la desaparición, acto y figura con que el poder violento buscó legitimarse e imponer su ley. La tortura apunta a la destrucción del individuo, a la agonía

---

<sup>4</sup> Herrero Abad, Luis: *Familia y violencia: El caso de una migración forzada*. 1990. Lima.

interminable que lleve a su demolición identitaria para transformarlo en desecho de su propia humanidad.<sup>5</sup> Esta figura opera como referente simbólico de castigo, y actúa como amenaza, sobre el psiquismo de todos y de cada uno de los miembros de la sociedad afectada. Veinte años después, cuando gran parte de la sociedad civil pone en funcionamiento mecanismos de “des-memoria”<sup>6</sup>, de fracturas de memoria destinadas a borrar, excluir y renegar los hechos de violencia y persecución sufridos, se vuelve necesario e imperativo recordar para reconocer la historia colectiva y dar lugar a la inscripción y elaboración subjetiva del período de terror.

En Sudamérica, la violencia de la pobreza sólidamente estructurada sobre la base del sistema político-económico neoliberal, de libre mercado, parece haber tenido su antecesor natural, lógico, en los períodos de represión política donde lograron destruir o al menos inmovilizar a los movimientos democráticos de la región.

La división binaria de la sociedad, ejercida en el cuerpo del opositor político por la tortura que separa entre orden y caos, puro e impuro, limpio y sucio desechable, amigos-enemigos, etc., prepara a la población induciendo la parálisis social a través del terror. **Esta operación ideológica que sustituye la pluralidad social por una dicotomía totalizante de lo limpio y lo sucio, se desplaza “naturalmente”<sup>7</sup> dividiendo la sociedad de modo horizontal entre ricos-limpios y pobres-sucios, creando en el extremo de la pobreza desechos que pierden su calidad de semejante humano, para ser rechazados y suprimidos por la parte limpia, ordenada de la sociedad.** Los ejemplos sobran: asesinato de niños de la calle “antes de que se vuelvan delincuentes”; asesinato de minorías indígenas, asesinato de opositores políticos, de hombres de iglesia, etc. Esta población que sobra amenaza el orden y no consume. Una parte de la sociedad asume la función mortífera de barrer y eliminar lo que perturba: sus propios desechos.

Así como a través del miedo, la sospecha y la amenaza permanente, el estado de terror induce la vivencia de lo inmodificable, e ineluctable, la división de la sociedad,

---

<sup>5</sup> Viñar. Marcelo y Maren: *Fracturas de Memoria*. Trilce, 1993. Montevideo.

<sup>6</sup> En el sentido freudiano de la renuencia, resistencia a reproducir algo que provoca displacer, que en este caso está en el registro de lo terrible, del horror.

<sup>7</sup> Escuchamos el retomo del viejo argumento de “la naturaleza del hombre” para explicar y justificar la división de la sociedad, uno de cuyos polos naturales serían los pobres, quedando esta situación fuera del arbitrio de lo humano.

sus nuevos valores, el individualismo, la falta de solidaridad, el “sálvese quién pueda”, el valor del dinero, de ganancia rápida, parecen ser hoy aceptados aun por los más pobres como lo normal de las cosas, tan ineluctables como el terror del pasado. Además de atacar, dañar y diezmar a la oposición política que de alguna manera eran portavoces de amplios sectores de la población, las dictaduras, por medio del terror y la tortura lograron introducirse en las mentalidades, socavando y destruyendo la confianza básica en el ser humano, en la solidaridad, en la democracia, en la tolerancia y la aceptación de las diferencias, volviendo penoso y difícil recuperar los proyectos de futuro que incluyan estos valores, así como recuperar las expectativas de justicia social.

A través de la fantasmática desplegada en la primera entrevista de juego con un niño de un área carenciada de Montevideo, trataremos de reconocer el lugar peculiar que ocupa, así como recorrer algunos conceptos de la teoría que el material nos evoca.

### **Un hijo de la pobreza**

Emiliano vive con sus abuelos maternos, ambos obreros, junto a sus tres hermanitos, todos menores que él. Su madre los abandonó sucesivamente desde pequeños. A su padre casi no lo conoce. De pequeño estuvo varias veces hospitalizado por cuadros respiratorios agudos.

En la escuela no aprende a leer ni a escribir. Luego de repetir varios años lo integran a una escuela especial, donde se adapta bien. Con frecuencia se escapa de su casa a jugar y pelear con amigos, a veces vuelve lastimado.

Estudiado por un equipo neuropsicológico se llega al diagnóstico primario de dislexia con elementos dispráxicos.

Comienza a hablar a los 4 años, y actualmente presenta trastornos leves del lenguaje y un gran descenso en todas las pruebas verbales y con carga cultural. Sin embargo su inteligencia **impresiona como normal**, se maneja bien en situaciones de la vida diaria.

Emiliano concurre regularmente a un taller psicopedagógico del programa APEX-Cerro, de la Facultad de Medicina y Universidad donde muestra gran apetencia por aprender y establece fuertes vínculos con los niños y adultos con quienes trabaja.

Dentro del marco de este programa tomo contacto con el niño a través de una entrevista de juego. Es un niño pequeño para su edad, delgado, algo huidizo, busca el contacto a través de la mirada. Vestido con su túnica de escolar algo sucia, descosida,

trae la moña azul atada a modo de vincha en su cabeza. Sentado frente a mí escribe algo y dice “Ninguna”... Yo leo: NINYUA-TUTUPEN. Confundida, le pregunto qué dice allí. Me muestra la marca de sus zapatos brasileños y dice “Tutur, yo soy Tortuga Ninia y Apex-Cerro”.

Mientras le ofrezco el material de juego que coloco sobre la mesa me siguen resonando sus enigmáticas palabras: “ninguna” (¿ninguna qué?) seguida de “tutupen” que escucho como “tudo ben”, y luego su presentación: “tu-tur, yo soy”... ¿quién? ¿Serán su nombre y apellido los héroes del dibujo animado y la sigla del lugar y la gente que le da acogida? ¿Niño abandonado por sus padres que busca una inscripción de adopción?

Abre el juego colocando una pareja sobre un caballo, “lo están montando”; luego, más allá, a un costado, acuesta a la pareja boca arriba, “tomando sol, están descansando”. Al otro lado de la mesa, acompañado de lenguaje gestual y onomatopeyas “soldados y vaqueros” pelean entre ellos a tiros.

El juego cambia, vaqueros y soldados traen animales a un corral. Habla en secreto y dice: Esto es una granja, y ellos estaban cuidando los animales... (largo silencio mientras continúa el juego). Algunas veces los matan para comer... cuando tienen hambre no tienen nada para comer”. “¿Mucha hambre?” pregunto. Serio, asiente con la cabeza (Pienso que él conoce el hambre).

Le pregunto por los que están “tomando sol”.

“Ah, dice, son los jefes, no hacen nada, mandan a los otros que se maten, mandan a cuidar a los animales...”

Pregunto: “¿Los jefes no hacen nada?”

“¡Son millonarios! ¡Estos jefes lo tienen todo! Si no tienen plata para comer matan”.

“Matar porque se tiene hambre” parece establecer una condición común, un recurso que todos utilizan.

Como si el sentirse “muerto de hambre” (de modo repetido, crónico, como lo muestra el cuerpo del niño y su demanda frecuente de galletitas en el taller), no permitiera otra elaboración que la inversión de sus términos: “matar para calmar el hambre”. Violencia estructural que como trauma repetitivo se inscribe como el deseo de muerte del otro (social), única oferta para la identificación”.<sup>8</sup>

Al continuar el juego la lucha continúa entre los soldados y vaqueros contra sucesivos animales. “Estos los quieren matar y el animal los ataca”.

Sigue el siguiente diálogo. Le pregunto: “¿Entonces te parece bien matar si uno tiene hambre? Y E. afirma: “¡Los animales no se matan!” “Ah, digo, ¿tenés animales?” E. “Sí, un perro y un gato”.

En el juego sigue la lucha a muerte, como otra escena que no se articula con su afirmación de “no se matan”.

Deja el juego. Busca papel y escribe su apellido en cursiva, me lo muestra. “Tu apellido... podemos hablar de tu familia”, le digo... “Yo estoy al tanto de que tú vives con tus abuelos y tus hermanos”. Hace gestos... “¿Y tus padres?” E.: “No los quiero más, se fueron.

Los abuelos “lo cascan” con cinturón cuando pelea. *Agrega:* Agarro dos o tres y les doy... con la mano, a piña y karate. Se hacen los mariquitas y van a contar. Me agarro la rabia y tengo ganas de romper todo”. *Agrega* que cuando sea grande quiere ser vaquero y policía.

Más adelante cuenta de los trabajos del abuelo en estos términos. “Tiene dos jefes, uno pelado y el otro el viejo. Uno le paga 140 y el otro 200. Uno es más vivo porque le paga menos”. “¡A mi donde me hagan eso!... Ah! le doy, lo denuncio. Me pongo la bola” (muestra el puño). “¿Qué es la bola?” pregunto. E. “La piña americana, y le doy!” E. conoce la bola porque se la mostró el tío de un amigo (por los gestos supongo que es un tío delincuente).

*“Pero -agrego- si le das con la piña americana y ¿lo lastimás?... ¿no te llevan*

---

<sup>8</sup> Roger de García Reinoso, G.: “El trauma psíquico Ponencia al Panel: Algunas consecuencias psíquicas de las transformaciones sociales’ V Congreso Metropolitano de Psicología. Buenos Aires. 1992 (texto inédito).

preso?”. El contesta con firmeza: “Si viene la policía les muestro la placa” (hace un gesto con la mano de mostrar algo).

Emiliano se estructura a partir de un clivaje que se evidencia en la expresión de sus conductas y el despliegue fantasmático. En esta división co-existen estancos separados, contradictorios sin que la paradoja se plantee en su mente. Podemos reconocer identificaciones escindidas con objetos cuyo rasgo común es la violencia, y por otro lado un anhelo de relación a un objeto que dé de comer, sintetizando en esa búsqueda el desamparo y la desesperanza que atraviesa su corta vida.

El niño habla desde varios lugares en extremo contradictorios para nuestra posición de sujetos en la sociedad, y que para él operan uno al lado del otro, en tanto términos que no entran en conflicto, formando parte de una cadena analógica. Puede ser vaquero que mata para aplacar el hambre, y también obrero (abuelo) que protesta por bajos salarios pero de un modo violento y destructivo, con las armas del delincuente. Al mismo tiempo cuando a través de mis palabras señalo el lugar de la ley y el posible castigo por su transgresión, en un mismo gesto descalifica mi palabra, la desmiente, y se apropia del símbolo de la ley, la placa de policía, a través de una posición maniaca, omnipotente.

Ser policía y ser delincuente son para él sinónimos; entre estos términos no hay diferencia, no hay tercero que separe, ordene y prohíba. La ley como tercero ordenador social simbólico es desvirtuada, destruida; al no discriminar los términos antinómicos el sujeto se mueve de uno a otro en la ambigüedad, borde o margen de la convención social y de la lengua.

Podemos pensar que el verdadero organizador, el ej. e alrededor del Cual se ordenan y sostienen los personajes (identificaciones) es la muerte, expresada en una lucha cuerpo a cuerpo para eliminar al Otro, es tú o yo.

Como si el deseo de muerte del Otro actuando y pesando sobre el sujeto, en su trayecto vital y tal vez desde antes de su concepción (abandono, maltrato, enfermedades, violencia) fuera capaz de inducir una identificación mortífera<sup>9</sup> que se organiza especularmente como deseo de la muerte del Otro por el sujeto, condición de

---

<sup>9</sup> Op. cit. Roger de Garcia Reinoso. G. pág. 12.

su propia sobrevida.

Esta división binaria, vida o muerte, que organiza sus fantasías, nos permite suponer que la madre no sostuvo el lugar de las funciones del niño, fallando las primeras identificaciones, de la inscripción de la diferencia fonética, fundante de la discriminación.

El niño marcado por esta falla fundante no habla hasta los cuatro años, habla mal, no logra pasar del código verbal al código escrito, confunde letras, no aprende lo que la escuela tiene para enseñarle. Su aprendizaje, de sobrevida, está marcado por el deseo de muerte del abandono precoz de los padres, su ausencia sin retomo. La pérdida de la separación se inscribe como agujero, como negatividad no sustituible por la letra, la palabra se altera, se organiza enigmáticamente, con fallas en su valor simbólico. La ruptura de la díada madre-hijo es apertura al mundo simbólico a condición de que exista trama para sostener el agujero (pérdida), trama que se hace a través de la madre que es soporte de las funciones del niño. Para Emiliano la separación se inscribe como equivalente de abandono, de deseo de muerte de ambos padres. Sobrevive con la marca de la muerte en el lenguaje, y en su organización fantasmática.

Los padres, transformados en desechos de la sociedad por la violencia, la pobreza, el desamparo social, el desarraigo, no podrán más que proyectar en el hijo el deseo de muerte del Otro, generación tras generación, repetición que toma la apariencia de destino ineluctable.

Nos hemos movido entre el consultorio, espacio protegido y la ciudad. ¿Entre lo público y lo privado qué relación puede existir? La peste en la ciudad interroga tanto al espacio privado, familiar, como al grupo más reducido del ámbito institucional.

¿Podremos continuar en la búsqueda de procedimientos, interrogaciones, que nos permitan avanzar en el conocimiento de los problemas y sufrimientos de los más excluidos de la sociedad y permitir que seamos, desde lo público. Inevitablemente, conmovidos en nuestras vidas personales?

Montevideo, febrero 1994

